

tropas borgoñonas que conducidas por el conde de Romont iban á lanzarse de improviso sobre él, si los suizos por una casualidad no hubiesen advertido á tiempo su aproximacion en la madrugada del 13 de noviembre. Al notarla, arremetieron con tanto empuje y tan espantosa gritería á los borgoñones que éstos quedaron desconcertados, se arremolinaron y huyeron, siendo acuchillados en su huida por las caballerías austriaca y de Suabia, que se arrojaron súbitamente sobre los fugitivos. El campamento de Romont con su artillería y las municiones cayó en manos de los vencedores. Tres dias despues capituló Hericourt, cuyo comandante, hermano del gobernador Hagenbach decapitado en Breisach, y que como éste se habia distinguido por su ferocidad en Alsacia, obtuvo para él y su tropa libre salida. En la plaza se puso guarnicion austriaca, la cual durante el invierno asoló todo el país hasta donde pudo con sus expediciones de rapiña. El ejército suizo se disolvió y cada uno volvió á su hogar, con gran disgusto de Luis XI, que cabalmente entonces acababa de tener noticia del convenio de Carlos de Borgoña con Eduardo IV de Inglaterra, de los grandes armamentos de este último, y de un ataque que debia efectuar el duque de Bretaña en connivencia con los otros dos soberanos. Contra estos peligros puso Luis XI en juego sus mañas, intrigas y sobornos, los cuales le proporcionaron los servicios de elevados funcionarios de la corte de Inglaterra y la ventaja de saber cuanto contra él se tramaba.

Mientras Carlos estaba como aherrado delante de Neuss no habia que temer que dirigiera sus armas contra la Francia, ni solo ni en combinacion con los ingleses; y la guerra en el arzobispado de Colonia, en lugar de concluirse, fué tomando justamente entonces proporciones mayores. En noviembre de 1474 llegó el emperador á Andernach con 60,000 hombres de contingentes alemanes y en compañía de los príncipes-arzobispos de Maguncia y Tréveris, el marqués elector de Brandeburgo, Alberto, llamado Aquiles, el duque Segismundo de Austria y otros magnates, y pudo introducir en la ciudad de Neuss, á favor de un feliz golpe de mano, tropas frescas y municiones de boca y guerra que escaseaban ya en la plaza. Ofrecieron la ocasion para ello las ruidosas fiestas con que Carlos obsequió en su campamento al rey Cristiano I de Dinamarca, que de regreso de una peregrinacion á Roma visitó al duque de Borgoña á fin de ofrecerle, á excitacion del Papa, su mediacion para hacer la paz, bien que sin resultado.

Entretanto fué haciéndose la estacion mas cruda; los aguaceros y las dificultades topográficas imposibilitaron el completo cerco de la plaza sitiada, mientras el ejército del emperador se iba engrosando continuamente con nuevos contingentes, y por su sola presencia estorbaba las operaciones de Carlos. Por lo demás este ejército permaneció completamente inactivo, lo cual explicó el emperador diciendo que aguardaba los contingentes que faltaban y los 20,000 hombres auxiliares que habia prometido el rey de Francia, pero que estaba muy lejos de enviar. En efecto, Luis XI estaba negociando á la sazón una prórroga de la tregua, que concluía en la primavera inmediata, tregua que el duque no queria aceptar, fundándose en la hostilidad sistemática y continúa del rey. A pesar de esto, la situacion en general tomó un sesgo favorable á Luis XI. Las diferencias que tenia con el rey de Aragon por el condado del Rosellon, diferencias que el duque de Borgoña se esforzaba por enconar hasta una guerra á fin de dividir así las fuerzas del rey de Francia, se arreglaron pacíficamente, porque la contienda por el trono de Castilla que correspondia á Isabel, esposa de Fernando de Aragon, obligó á éste á contemporizar con el rey de Francia, al cual abandonó el Rosellon.

Maestros tanto Luis como los palaciegos franceses de su escuela en el arte de espiar, acechar, sobornar y atemorizar, y favorecidos tambien por una serie de circunstancias casuales, no solo estaban al corriente de las muchas intrigas del duque de Borgoña, sino que consiguieron tambien pruebas de la complicidad de muchos, pruebas que les pusieron en estado de aniquilar en un momento dado á las personas enredadas en lo que contra el rey tramaban el duque y otros enemigos. Así el rey llegó á saber de los Anjou de Nápoles, del anciano rey Renato y de sus primos cosas relativas á sus relaciones con el duque de Borgoña, que les pusieron á su merced y les obligaron á ser muy circunspectos para no dar á Luis mayores motivos de proceder contra ellos con energía, lo cual constituyó tambien una gran ventaja para el monarca francés. Este consiguió otra ventaja mas importante, que fué hacer reñir al duque Renato de Lorena con Carlos el Temerario y aliarse con los suizos y las ciudades del Alto Rhin. En señal de guerra á muerte el heraldo de Renato arrojó á los pies de Carlos de Borgoña, en su campamento delante de Neuss, un guante ensangrentado. Los suizos tambien, animados por el rey de Francia, que les pagó puntual y escrupulosamente las prometidas subvenciones, no escaseando al propio tiempo regalos á los cantones y familias que le eran especialmente favorables, hicieron durante el invierno de 1474 y 1475 repetidas incursiones armadas en el territorio borgoñon.

Solo en Alemania no marchaban las cosas á gusto de Luis XI; el emperador continuaba inactivo cerca de Andernach aguardando en vano seis meses hacia al ejército auxiliar francés; pero con el auxilio del diligente municipio de Colonia continuaba sosteniéndose la plaza de Neuss. El emperador temia alguna mala treta del rey de Francia, á quien suponía en tratos con el duque de Borgoña, con el cual negociaba tambien él. El Papa, que ya habia enviado como mediador al teatro de la guerra, aunque sin resultado, al rey de Dinamarca, no cesó en sus propósitos de arreglar las diferencias, pero todos sus esfuerzos fueron infructuosos. Luis XI para excitar al indolente y suspicaz emperador á que emprendiese las operaciones al acercarse la primavera, y con ella la conclusion de su tregua con el duque de Borgoña, le propuso que retirase al duque los feudos dependientes del imperio alemán, mientras él le retiraria los dependientes de la corona de Francia. Federico III le contestó con la fábula de los cazadores que se repartieron la piel del oso antes de cazarlo, y el oso los dejó burlados. El emperador pensaba solo en obligar al duque á que cediera la mano de su hija á Maximiliano, como estaba convenido antes, pero Carlos se negó decididamente á ello, y al mejorar la estacion activó mas que nunca los trabajos de sitio aguardando el convenido ataque que contra Francia debian intentar el rey de Inglaterra y el duque de Bretaña. El emperador, contra su deseo, tuvo entonces que moverse, y en la segunda mitad del mes de marzo de 1475 se trasladó á Colonia, á donde llegó á mediados de abril el ejército alemán, que reforzado con los contingentes que faltaban, contaba acaso cien mil combatientes y era ciertamente el mejor ejército á la par que el mas numeroso que de memoria de hombre habian reunido los alemanes. Este ejército tomó posiciones en frente del campamento bien fortificado de Carlos de Borgoña, pero sin dar otras pruebas de su valor que facilitar el aprovisionamiento de la plaza sitiada con las escaramuzas y correrías á que esto dió lugar. Luis XI aprovechó la circunstancia del sitio para invadir la Picardía y ocupar desde luego varias ciudades de segundo orden; los suizos invadieron victoriosos el territorio borgoñon del lado del Jura, apoderándose de Pontarlier, Granson y otras plazas fuertes; el duque de

Lorena entró con su ejército en el ducado de Luxemburgo; desde el Oeste penetró en la Borgoña antigua un ejército francés mandado por el duque de Borbon, y por el Este pasó el Rhin una parte del ejército alemán con el propósito evidentemente de invadir la Borgoña por aquel lado. En esta situacion Carlos no rechazó ya la mediacion del Papa, y empezaron negociaciones secretas; pero al propio tiempo

quiso dar un gran golpe que cambiara la situacion delante de Neuss, y atacó súbitamente en 24 de mayo al ejército alemán, el cual á no haber puesto la noche fin al combate, habria quedado completamente descalabrado por el efecto asombroso de la artillería borgoñona, que sembró la muerte, la confusion y el terror en el campamento. Carlos no se atrevió á tomarlo por asalto á causa de la oscuridad; pero este



Armadura completa de gala para jinete y caballo.
Obra alemana de á fines del siglo XV.—Se conserva en la armería imperial de Czarsskoe-Selo.

suceso impresionó tanto al emperador que ya no pensó mas que en activar las negociaciones para hacer cuanto antes la paz. Carlos, deseoso tambien de emplear sus fuerzas en otra parte, previno sus deseos, á pesar de que los defensores de Neuss debian rendirse irremisiblemente dentro de corto plazo, porque así lo habian anunciado á sus amigos en un escrito que encerrado en una bala hueca habian tirado por encima de las líneas enemigas. Pocos dias despues de la batalla citada delante de Neuss, quedaron entendidos el emperador y Carlos, y el 9 de junio envió éste su caballería al Luxemburgo para arrojar de allí al duque de Lorena. En el campamento alemán iba despertándose el humor belicoso cuando las tropas observaron estupefactas que el ejército

borgoñon embarcaba su artillería y bagajes y hacia los demás preparativos de marcha. Entonces se convencieron los alemanes de que su emperador los habia engañado miserablemente y de que á sus espaldas habia hecho las paces con el duque de Borgoña. Muchos se echaron furiosos sobre los buques borgoñones apoderándose de lo que pudieron sin hacer caso de las órdenes del emperador ni de las reflexiones del legado del Papa; maldijeron del emperador que á la cabeza del ejército mas numeroso que la Alemania jamás habia puesto sobre las armas les habia engañado, lo mismo que á los príncipes y magnates que estaban con él esperando grandes beneficios de sus esfuerzos. Los borgoñones se defendieron y atacaron y saquearon el campamento del marqués de

Brandeburgo; los defensores de Neuss hicieron una salida y se apoderaron de una parte del bagaje borgoñon, que entraron en la plaza, rehaciendo así sus provisiones de boca y guerra; el marqués de Brandeburgo se apoderó de la isla del Rhin, sin la cual Carlos de Borgoña no podía volver a emprender el sitio de la plaza; y el obispo de Munster furioso, penetró con sus jinetes armados hasta el centro del campamento borgoñon para matar allí al duque Carlos, á quien ya no encontró. Nadie hacia ya caso del emperador. Al día siguiente continuó el alboroto; Carlos de Borgoña se arrojó con sus soldados sobre los alemanes, los cuales retrocedieron hasta su campamento; y no queriendo el emperador abrirlo, los fugitivos fueron miserablemente acuchillados por los borgoñones á la vista del resto del ejército encerrado en su campo fortificado.

Lo que el emperador habia pactado con Carlos el Temerario era un armisticio de nueve meses, dejando el arreglo de la contienda por el arzobispado de Colonia al arbitraje del Papa. En su consecuencia la plaza de Neuss fué entregada interinamente al legado pontificio; las piezas de artillería arrebatadas en el último alboroto al ejército borgoñon fueron restituidas al duque, el cual, obstinado en todo, insistió en quedar siquiera á los ojos del mundo dueño del campo, y exigió que el emperador se marchara primero con el ejército alemán. Así se hizo, y despues Carlos abandonó, en 27 de junio, su campamento, no sin obsequiar antes á los príncipes y magnates alemanes con un gran banquete, en el cual desplegó toda su ostentacion habitual, dejando á los alemanes asombrados.

El emperador salió de esta campaña completamente desacreditado y los alemanes dolorosamente chasqueados, comprendiendo la mancha que la conducta solapada del emperador habia impreso en el nombre alemán. El arzobispo de Colonia, Ruperto, de la casa bávara de Wittelsbach, tuvo que dejar la silla episcopal; Carlos de Borgoña se obligó á retirar su apoyo á la casa bávara del Palatinado, y accedió, lo que fué lo mas importante para el Habsburgo, al desposorio y casamiento de su hija con Maximiliano, el hijo del emperador. Habiendo logrado esto, ya no se cuidó Federico III de la suerte ni de Alsacia, ni de Suiza, ni de Lorena, á las cuales dejó á merced del borgoñon como si no formasen parte del imperio alemán, y como si señalara á Carlos estos países para resarcirse con usura de las pérdidas sufridas delante de Neuss. Por otra parte, todo cuanto Carlos de Borgoña en adelante ganara é incorporara á sus Estados, aumentaria la herencia, que estaba ya asegurada á la casa de Habsburgo, atendido que el pacto se habia hecho por la mediacion del Papa en la persona de su legado.

Una vez abandonada la empresa de Colonia tan neciamente emprendida, y vencida la obstinacion ciega de Carlos, le volvió á sonreír la fortuna, y Eduardo IV desembarcó en Calais con su ejército. Carlos, su cuñado, no estaba por el momento en condiciones de prestarle una cooperacion enérgica, á causa de las pérdidas sufridas delante de Neuss. Quiso que los ingleses reconquistaran las muchas plazas fuertes de la Picardía mientras él hacia armamentos nuevos con el auxilio de las ciudades de Flandes, que por lo demás se mostraban rehacias á conformarse con las exigencias sin límites del duque. El plan de éste era penetrar en Francia desde Lorena y reunirse con el ejército inglés en Reims, donde debía ser coronado rey de Francia. Eduardo IV de Inglaterra. Eduardo no se mostró muy dispuesto á entrar en este plan de campaña; y como la reconquista de las plazas fuertes de la Picardía era una empresa muy difícil, primero por la actitud ambigua del conde de Saint-Pol, comandante de Saint-Quentin, que prometió entregar la plaza y luego no

lo cumplió, y además por las acertadimas disposiciones de Luis XI para dificultar el avance del ejército inglés, aceptó muy contento las proposiciones honrosas de paz que Luis XI le hizo con tanta oportunidad como prudencia, no descuidando de allanar el camino á las negociaciones con las consabidas liberalidades bien empleadas. Eduardo IV, prefiriendo un modesto, pero seguro, beneficio ganado sin trabajo á otro grande pero por conquistar, y por lo mismo inseguro, renunció á sus derechos á la corona de Francia á cambio de una pension anual y de la indemnizacion de los armamentos hechos. La entrevista y arreglo entre los dos soberanos se verificó en Picquigny, á orillas del Somme, donde los dos reyes juraron observar este importantísimo convenio: otra obra maestra diplomática de Luis XI, que de un golpe imposibilitó la realizacion de los planes que respecto de Francia habia formado el duque de Borgoña. A consecuencia de este tratado, Carlos firmó en el mes de setiembre de 1475 en Soleure, en el ducado de Luxemburgo, un armisticio de nueve años con Luis XI, armisticio que le dió bastante libertad de accion para buscar el engrandecimiento de su poder por otro lado, porque el rey Luis dejó á su vez á la merced del ambicioso duque la Lorena y los dominios de los Habsburgos en Alsacia, obligándose á no auxiliar á los suizos si se opusiesen con las armas al duque en aquellos territorios.

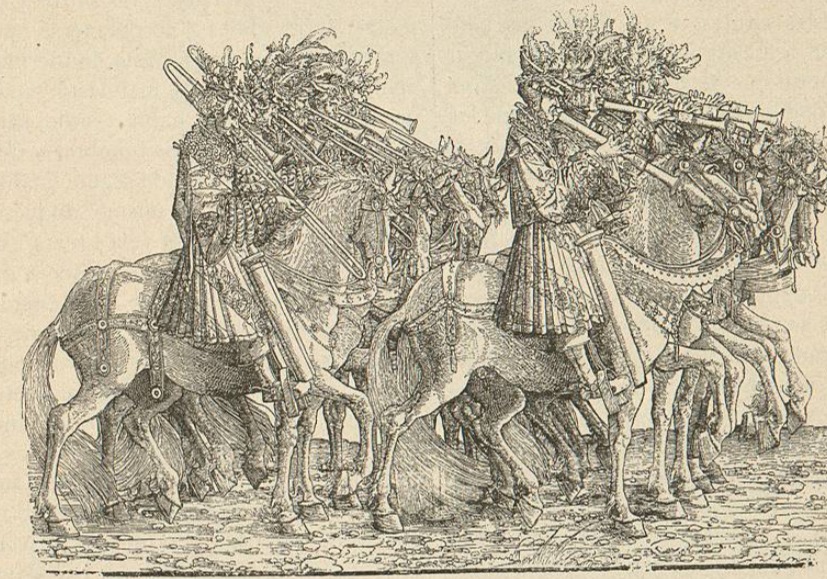
La situacion política general quedó, pues, otra vez completamente cambiada. La liga que con tanto trabajo habia formado Luis XI entre el emperador, la Francia, la Lorena y los suizos quedó deshecha; el emperador tenia interés en el aumento del poder de Borgoña, que debía agregarse un día al de su casa; Luis XI por su parte podia dedicarse á acabar tranquilamente con el último resto de la oposicion feudal; el duque de Bretaña, abandonado á su suerte por el duque de Borgoña y el rey de Inglaterra, se apresuró á hacer sus paces con el rey de Francia; y el conde de Saint-Pol, que temiendo el castigo por su conducta ambigua cuando la invasion inglesa, se habia refugiado en la corte del duque de Borgoña, fué entregado por éste á Luis XI, y sentenciado á muerte por el parlamento de Paris por el delito de alta traicion, murió bajo el hacha del verdugo, á pesar de ser cuñado del rey por su primera esposa, hermana de la reina.

Los suizos y el duque Renato de Lorena quedaron para pagar los gastos de esta política, egoista hasta la saciedad. Con Renato y los suizos no dudó Carlos el Temerario que acabaria pronto, proponiéndose despues volver con mas fuerza que nunca á sus frustrados proyectos. Así marchó sin dilacion, no obstante la estacion cruda, contra la Lorena, que en corto tiempo quedó completamente en su poder. La capital Nancy, destinada por Carlos á ser capital de su imperio, que debía extenderse desde el Ródano al mar del Norte, se rindió despues de un corto sitio. Allí renovó al emperador Federico III la promesa de dar la mano de su hija al hijo de éste, y Federico, sin cuidarse ya de la suerte de los suizos, ni de su primo el duque Segismundo de Austria, á quien dejó que se compusiese como pudiera para salvar sus posesiones alsacianas, hizo con Carlos una alianza para auxiliarse mutuamente. Contra la Alsacia y la Suiza dirigió, pues, el vengativo Carlos sus armas. Las ciudades de Alsacia, en union con el gobernador del duque Segismundo en aquel país, Oswaldo de Thierstein, con algunos cantones suizos y con el obispo de Basilea habian conquistado la importante plaza de Blamont, entre Pruntrut y Montbeliard, y destruido una multitud de castillos en los contornos; y los suizos habian conquistado un territorio considerable en el país de Vaud para vengarse de las depredaciones y atrocidades del conde de Romont, general de las tropas borgoño-

nas, y de su colega Galeazo Esforcia, duque de Milan. Despues de apoderarse los suizos de la importante plaza de Murten, con las crueldades que cometieron en las ciudades y castillos que les hicieron resistencia, difundieron el terror por todo el país entre el Jura y el lago de Neufchatel, de suerte que todos los pueblos se sometieron á ellos. Ginebra se salvó de la destruccion á costa de grandes sacrificios que hizo á los vencedores, los cuales, despues de dejar fuertes guarniciones en Murten é Yverdon, las dos plazas principales, regresaron cargados de rico botin á su país. Este ataque, acompañado de crueldades innecesarias y de saqueos y devastaciones horribles, exacerbó el odio y el furor del soberbio duque de Borgoña, que se propuso tomar una venganza ejemplar. A pesar de los obstáculos que en invierno se oponen á una campaña de invasion en aquellas comarcas montuosas, decidió arrojarse sobre ellas con todas sus fuerzas sin aguardar la primavera. Reunió las diferentes sec-

ciones de su ejército en Besanzon, y como siempre la mas importante era la numerosa y excelente artillería, si bien excedian á toda ponderacion é imponian mas que el ejército el lujo de la corte de campaña del duque, los trajes magníficos de su numerosa servidumbre, el servicio de mesa, todo de oro y plata, y masas inmensas de oro y piedras preciosas. Desde Besanzon púsose en marcha con 50,000 combatientes por lo menos, en direccion de los desfiladeros del Jura, para bajar desde él á los llanos que encierran los lagos de Neufchatel y de Murten.

Los suizos al tener noticia de la aproximacion de un ejército tan superior temieron las consecuencias, y para desviar tan aterradora tempestad enviaron embajadas al duque para ofrecerle la restitucion de lo que habian conquistado y hasta se mostraron dispuestos á hacer con él convenios militares como los que habian celebrado con el rey de Francia, dando por motivo la pobreza de su país; mas todo fué inú-



Los pífanos borgoñones en la «Procesion triunfal del emperador Maximiliano I.»—Grabado en madera de Juan Burgkmaier.

til, como ya puede suponerse, y no quedó á los suizos mas recurso que prepararse á una defensa desesperada. El duque pasó el Jura con su ejército sin encontrar resistencia á principios de febrero de 1476 y se extendió por el país de Vaud, tan terriblemente castigado por los suizos poco antes. Su objeto era castigar primero á Berna, cuyos ciudadanos habian hecho el principal papel tanto en el asunto de la alianza con Luis XI como en las últimas expediciones militares. Sabido esto por los de Berna, enviaron á todas partes mensajeros con súplicas de pronto auxilio, tanto á los cantones suizos como á las ciudades de Alsacia y de Suabia y al duque Segismundo de Austria, mientras ellos con los contingentes de Friburgo, Soleure y Basilea tomaron posiciones cerca de Murten para observar los movimientos del enemigo. Los borgoñones entretanto habian empezado á sitiár la fuerte plaza de Granson, defendida por 500 berneses y situada en el extremo sudoeste del lago de Neufchatel. Los defensores rechazaron animosos y valientes un asalto que Carlos dispuso en 18 de febrero; pero otro asalto dado tres dias despues les obligó á evacuar la ciudad y encerrarse en el castillo, situado mas alto y en el cual se sostuvieron todavia una semana. Sus compatriotas, acampados cerca de Murten, trataron en vano de proveer de viveres y municiones á los sitiados. Estos se desanimaron con la falsa noticia, hábilmente introducida en el castillo por los sitiadores, de que éstos tenian ocupados todos los puntos ne-

cesarios para aislarlos completamente, al mismo tiempo que se les daban esperanzas de salvar sus vidas si se rendian pronto. Así capitularon los infelices el 28 de febrero; pero al salir del castillo fueron atados los 412 valientes y conducidos ante la presencia del duque, el cual, á peticion de los fugitivos de los pueblos del Vaud saqueados por los suizos, los sentenció á muerte, haciendo ahorcar á unos de los árboles de los contornos y ahogar á los otros en el lago.

Dos dias despues de la caída de Granson, el 1.º de marzo de 1476, llegó el ejército suizo á Neufchatel, situado en el extremo Norte del lago de este nombre. Contaba unos 20,000 hombres de todos los cantones, siendo el de Berna el que habia dado el contingente mas numeroso, y despues el de Zurich y los Cuatro cantones. Entre los aliados de los suizos, el duque Segismundo se mantuvo en actitud expectante; las ciudades de Suabia contestaron con promesas vagas; Estrasburgo y Basilea habian enviado alguna partida de caballería, y lo mismo habia hecho la nobleza de Alsacia. Fuera de estas partidas, toda la hueste suiza se componia de infantes, pero todos sin distincion ardian en deseos de vengar la muerte de sus compañeros de Granson. Desde Neufchatel tomó el ejército la direccion del Sur en busca del enemigo, que se adelantaba ya á su encuentro; de modo que los dos ejércitos se hallaron frente á frente en el angosto llano entre el lago y las montañas. El duque de Borgoña para tener franco el camino de Neufchatel y marchar desde